

Costa Rica, una identidad en juego

Rodolfo Cerdas Cruz | 26 de Agosto 2011

- Conferencia magistral en el auditorio Abelardo Bonilla, Facultad de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica, el 26 de agosto de 2011.

Hace un tiempo se puso de moda entre la clase política la frase “vivimos un mundo de cambios”, que generalmente se repetía en boca de dirigentes, partidos y parlamentos, sin que fuera más que una nebulosa. Poco después, se pasó a decir que, de lo que se trataba, era de un cambio de época, sin que tampoco se comprendieran los alcances del nuevo concepto.

Pero en medio de la ceguera y la ignorancia políticas contemporáneas, un viejo topo venía cavando en las profundidades, hasta que logró desatar no solo la crisis del sistema capitalista mundial, en su aspecto de distribución y reparto de ganancias, sino la contradicción inédita de que el sistema devino disfuncional para la propia élite capitalista. Por eso, hemos visto a grandes empresas quebradas, pidiendo la ayuda estatal a toda costa o ser asumidas por el Estado.

De ahí que mi enfoque no se limite a analizar aspectos coyunturales de la vida sociopolítica y cultural contemporánea, sino que los vincule con los cambios convulsos de guerra y paz, asociación y confrontación, declaraciones de un nuevo orden mundial y guerras abiertas para apoderarse de las materias primas, de cuyo uso racional dependerán sobre todo los perfiles de países como Costa Rica.

Ahora, el mundo se encuentra sumido en una nueva fase de la crisis financiera del 2008. Sus consecuencias no se hacen esperar y el desempleo y la pobreza tocan a la puerta de millones de ciudadanos del planeta.

En estos tiempos duros, se hace urgente una redefinición del concepto tradicional de nación, así como la defensa de la identidad nacional, frente a los avances y presiones de un globalismo absorbente y avasallador.

Hay quienes creen que tenemos que globalizarnos, sin importar ni el costo ni el cómo. Promueven, de hecho, malbaratar la riqueza nacional, reducir a mero folclor nuestra identidad y cultura, y ahondar la división entre unos pocos ricos y unos muchos pobres, con una clase media impotente y en proceso de ruina.

Este tipo de enfoque parece responder a intereses muy concretos, o a una explicable confusión. Porque una cosa es la globalización y otra, muy distinta, el globalismo. La primera es el proceso objetivo en que ya estamos insertos tan solo por vivir en este planeta. Una gran revolución científica y tecnológica, amén de otra socioeconómica y cultural, le sirven de

fundamento. La segunda, el globalismo, es el principal enfoque ideológico neoconservador, que proclama lo mismo que el neoliberalismo.

El impacto de la globalización llegó al país en el peor momento, justo cuando estaba sometido a las más diversas tensiones y dificultades internas y externas, y se abocaba a la revisión radical de sus referentes histórico-sociales más significativos: desde el abandono cabal y necesario del que había sido el eje central definitorio de su concepto de nación y su identidad, hasta el peligro real de que, lo que ha sido hasta hoy un exitoso proyecto país, acabe convertido en solo un pintoresco punto geográfico en el mapa, de mero interés turístico por sus paisajes y su indudable riqueza ecológica, ahora en proceso de deterioro por una sobre-explotación desorbitada.

Como si lo dicho no fuera bastante, a ello se le suman las fuertes tensiones que genera la creciente desigualdad social, el aumento de la pobreza y la marginación, así como la pauperización acelerada de los sectores medios, otrora firme sostén del régimen democrático. Y como los males no vienen solos, tampoco aquí terminan las dolencias. A todo lo anterior se aúna la aguda crisis del sistema político, gracias a una inducida, paulatina y negativa metamorfosis de su democracia representativa en otra de carácter delegativo, sobre la base de un régimen presidencialista tan caduco como antidemocrático; de un poder legislativo tan impotente y paralizado como escasamente representativo; de una profunda crisis de liderazgo, de partidos y del sistema partidario mismo; y, en fin, de una bancarrota del Estado, cada vez más contrapuesto a la nación por sus crecientes perfiles plutocráticos, por la hegemonía social y política de múltiples y enriquecidas redes familiares que controlan y se reparten las estructuras de poder, y por la generalizada obsolescencia, disfuncionalidad y burocratización de su gestión pública.

En este contexto, resulta obvia la necesidad de que la globalización no sea abordada como un hecho económico puntual y aislado, sino desde una perspectiva más amplia y evolutiva: como un complejo proceso histórico, económico, tecnológico, social y cultural, que cerró el siglo XX y abrió el siglo XXI. Un dinámico fenómeno social que, visto en una perspectiva de larga duración, implica un cambio enraizado en el viejo sistema capitalista, pero ya no en su superada fase de libre competencia, sino en la del predominio del gran capital financiero y los grandes bancos y consorcios transnacionales.

Aquí, desde un ángulo puramente nacional, parece haber una lección que las dirigencias políticas criollas no deberían seguir negándose a reconocer, no obstante los resultados positivos que obtuvieron cada vez que aplicaron la enseñanza. Esta, tan simple como obvia, es que ya basta de imitar las experiencias y modelos gestados desde el exterior, en realidades distintas a la nuestra; que llegó el momento histórico para que los responsables políticos, económicos y jurídicos de cada nación, sin dejar de ser testigos y beneficiarios de lo que se crea en el mundo entero, tengan el valor de pensar con su propia cabeza, para ajustarse mejor a las condiciones de ese mundo y de su país, pero a partir de las particularidades y realidades de este. Tal ha sido el mejor camino costarricense hacia el desarrollo.

En el pasado, fue ese el que siguieron los liberales del siglo XIX, cuando transformaron la educación y el Estado, creando unas condiciones excelentes que aún hoy nos dan pie para sostenernos. Fue, asimismo, el que tomaron los calderocomunistas de los años cuarenta, gestores de la gran reforma social; y diez años más tarde, el que adoptaron José Figueres Ferrer y el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales para la modernización del país. Como dice el Consenso de Brasilia, “sin ignorar la globalización, pero sin someterse a ella, nuestros pueblos tienen ante sí la tarea de gobernarla”. Por eso se necesita “un nuevo pacto de gobernabilidad global”, que “debe incluir un nuevo contrato moral por la paz, y un nuevo pacto que haga equitativos los flujos económicos internacionales, controle la especulación financiera y democratice las comunicaciones, para construir un orden de desarrollo compartido que libere a la humanidad de las ruinas sociales de la pobreza y la desigualdad”.

En suma, se trata de construir una nueva democracia: justa en lo social, equilibrada en lo económico y lo político, igualitaria en las oportunidades, participativa y no solo políticamente representativa; con controles efectivos, con rendición cabal de cuentas y con mecanismos para exigir responsabilidades; solidaria a nivel nacional y a escala internacional con las causas en las cuales está en juego el futuro de la humanidad y del planeta. Es una tarea histórica que va mucho más allá de la gestión de cualquier iluminado o de dirigencias políticas, tecnocráticas o estatales burocratizadas; menos aún de élites corruptas, cortoplacistas y divorciadas del pueblo. Se trata de una amplia misión histórica, capaz de poner a la nación en condiciones de comprender a plenitud el significado y los alcances de la nueva realidad que nos ha traído la globalización; pero capaz, asimismo, de preservar y fortalecer su identidad, en plena concordancia con la aspiración legítima de hallar su propio camino y afrontar la tarea necesaria y difícil de gobernar esa globalización en beneficio de la nación. Esta democratización pasa por el desarrollo de un nuevo tipo de relaciones internacionales inexistente hoy, aunque quizá en germen, por el cual debe lucharse a nivel mundial y también al interior de nuestra sociedad, tan inevitablemente imbricada por múltiples lazos de interés y cultura con ese mundo globalizado. Únicamente de ese modo nuestro país no se convertirá en un espacio territorial y humano solo bueno para turistas, donde campeen la acción avasalladora e incontrolada de las grandes empresas transnacionales y los principales ejes mundiales de poder.

Esta es una hora de inflexión en la que está en juego la identidad nacional. De allí que el conflicto político sea menos entre liberales y estatistas, que entre conservadores globalizantes y nacional reformistas; lo cual crea espacios nuevos para una eventual recomposición política, a la que aún no parecen haber llegado los actores principales. El problema es cómo gobernar la globalización tal y como se nos presenta, no para beneficiar a trashumantes transnacionales y poderosos grupos financieros, sino a la nación en su totalidad, preservando y fortaleciendo su independencia e identidad.

Quien diga que lo resolverá, sin entender la hondura de esta bifurcación histórica, podrá tener la mejor de las intenciones, pero su solución será

incapaz de detener el deterioro y la erosión crecientes de nuestra nacionalidad y democracia.

Hoy, la vida nos demuestra con la segunda crisis financiera y económica, cómo los organismos internacionales supuestamente al servicio de toda la sociedad, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, han resultado destrozando derechos sociales, rebajando sin consideración salarios y pensiones, creando un desempleo galopante para pagarle a financistas y banqueros los desastres en que incurrieron, y que en vez de cubrirlos ellos, como correspondía, se los trasladan a pueblos al borde del hambre, gracias a políticos de variadas banderas ideológicas que trabajan a su servicio. Los ejemplos de Grecia, Portugal, España y otros, testimonian esta nefasta situación.

En Costa Rica, como si fueran verdades absolutas adoptamos diversos programas de reforma, impuestos desde el exterior, que el pensamiento único presentaba como inobjetable y salvadores. Luego nos llegaron los dogmas del Consenso de Washington: la liberalización, la privatización y la austeridad fiscal a toda costa.

Por eso es significativo que Joseph E. Stiglitz, premio Nobel de Economía y exjefe de economistas del Banco Mundial, fuera quien nos revelara cómo los PAEs fracasaron y más bien causaron hambre y disturbios en todas partes; cómo favorecieron a los más ricos y hundieron en mayor miseria a los pobres; cómo la liberación comercial, unida a altos tipos de interés, aumentó el desempleo e incrementó la pobreza; cómo la privatización, sin eficaces garantías de competencia y vigilancia para evitar nuevos monopolios privados, acreció el precio de los bienes y servicios; y cómo una austeridad fiscal a toda costa solo aumentó el paro, agravó el descontento y causó más pobreza y grave caos social y político.

Las recetas “talla única” del Fondo Monetario, declaró Stiglitz, empeoraron los males que buscaban resolver y demostraron que no hay que copiar servilmente eslóganes económicos. Esto hace legítimo preguntarse si nuestros economistas y políticos han aprendido estas lecciones o si siguen copiando las recetas que les envían estos adoradores del becerro de oro. Es hora de hacer una crítica rigurosa a estas experiencias desde una óptica propia, que nos permita adoptar políticas realmente acordes con el interés nacional y no con el de la llamada “comunidad financiera mundial” que, como reveló Stiglitz, el Fondo Monetario representa.

En Costa Rica, ya en el siglo antepasado, sus principales dirigentes osaron pensar por sí mismos y no claudicaron ante la imposición foránea. Así fue como construyeron una nación excepcional, democrática, próspera e independiente, de la cual hemos estado legítimamente orgullosos.

La virtud capitalista es transformar la sociedad que toca. Donde había teología, introdujo ciencia; donde rucas, telares; donde artesanía, fábricas; y donde agricultura de familia, competencia de mercado. De allí que solo

sobrevivan los competitivos y grandes, que no haya “pobrecitos” y que cada cual se salve como pueda.

La política actual expresa los cambios producidos en la sociedad nacional. La Costa Rica bucólica se disolvió en un capitalismo desordenado, voraz y dependiente, en el que los antiguos valores ya no rigen y los nuevos aún no se terminan de aceptar. Se ha dado a luz un nuevo país que tiene poco en común con el anterior, salvo su nombre y algunos rituales y mitos cada vez más irrelevantes.

La base social y humana tica se transformó sin posibilidad de retorno. La vieja estructura piramidal, con peones y obreros abajo, y grandes comerciantes, cafetaleros, beneficiadores y exportadores arriba, más los sectores medios en el centro, fue sustituida por una formación compleja y diferenciada, que tiene su propia escala de valores, muy distinta a la que perfiló la vieja Costa Rica. Los servicios, la actividad profesional y técnica, se mezclan hoy con los desarrolladores, los neoexportadores, el turismo, los grandes bufetes y las empresas de negocios e inversiones.

En tanto, la Academia, que ha sido, es y debe continuar siendo, de manera fortalecida, una verdadera mina en el desarrollo de profesionales, pensadores, técnicos y científicos, orgullo no solo del país sino del continente, se ve sitiada por el peligro de convertirse en formadora de tecnócratas, alejados de la cultura o absorbidos por un medio social disolvente y deshumanizado.

Pero la globalización es dinámica y contradictoria, tiene sus tendencias y contratendencias, sus efectos positivos y negativos. La sociedad no es, como suponen algunos, una tabla rasa donde los organismos multinacionales, por ejemplo, pueden escribir lo que deseen. Las resistencias al cambio o la canalización de este según los intereses y condiciones de distintos sectores y grupos sociales, influirán en sus manifestaciones finales. Mucho dependerá de la acción de los propios seres humanos y de las distintas sociedades, el que predominen unos y no otros aspectos del proceso. De allí que la globalización no produzca los mismos resultados, ni se manifieste de igual modo, en realidades sociales y políticas diferentes, sea donde predominan el autoritarismo y la marginalidad, o donde hay democracia y apertura sociales, o en el impacto que producen ciertos hechos en un país desarrollado o en otro geográficamente remoto, en el que reina un atraso secular. Un ejemplo tomado de la vida real es la mejor constatación de esto que les digo. En el informe del general canadiense Romeo Dallaire, titulado *Estrechando la mano del diablo*, se relatan los crímenes espantosos que tenían lugar en la guerra entre hutus y tutsis. Justo cuando en Bicesero, después de tres meses de defenderse solos y a vista y paciencia de las impotentes y paralizadas tropas de la ONU (cuyos soldados oían Stomping de John Connors, mientras a unos cientos de metros se escuchaban los bombardeos), y eran masacradas entre sesenta y setenta mil personas, las cámaras de los noticiarios internacionales concentraban toda su atención en los movimientos del carro de O. J. Simpson y lo que este haría o no respecto al crimen que se le atribuyó, sin mostrar la menor preocupación sobre el horrible destino de aquellos otros miles de

personas que, en ese preciso instante, morían ante la mirada impotente de los Cascos Azules.

Es que, el sistema se ha mostrado ya como la mayor amenaza para nuestra especie: porque destroza al ser humano, desperdicia las riquezas naturales y los esfuerzos productivos y, sobre todo, el equilibrio ecológico.

En suma, como resulta de los cambios comentados, la globalización y sus decisivas dimensiones económicas, financieras, sociales y políticas, han impactado a la sociedad como un todo, lo cual incluye de manera destacada a los individuos en cuanto tales, con sus perspectivas y sensibilidades psicosociales concretas, desde un ángulo puramente personal y en sus dimensiones específicamente individuales; o como ciudadano, con preocupaciones sociopolíticas determinadas y sus demandas frente al Estado y la sociedad. La desaparición del viejo mundo conocido, con sus certezas y frustraciones, y la emergencia de un mundo nuevo, aún por conocer y lleno de incertidumbres y cuestiones sin respuesta -en el que, además, los conocimientos, profesiones y oficios, las certezas y los paradigmas tradicionales, han caducado-, genera un planeta en vías de transformación, pero también una aguda crisis psicológica y social, que afecta en profundidad al individuo, la sociedad y las identidades nacionales.

Por todo ello, dentro de esas asimetrías, contradicciones y disparidades, parece haber llegado la hora de que naciones pequeñas, con las potencialidades humanas y culturales de Costa Rica, solo tengan futuro si emerge y se consolida una élite decente, como la que ayudó a construir esta patria que tenemos. De ahí la necesidad y urgencia, no solo de aprender a gobernar la globalización sino, como decía don Ricardo Jiménez, de saber cómo reencontrar el camino costarricense del desarrollo, en libertad y con equidad.

He ahí la encrucijada que marca nuestro futuro.